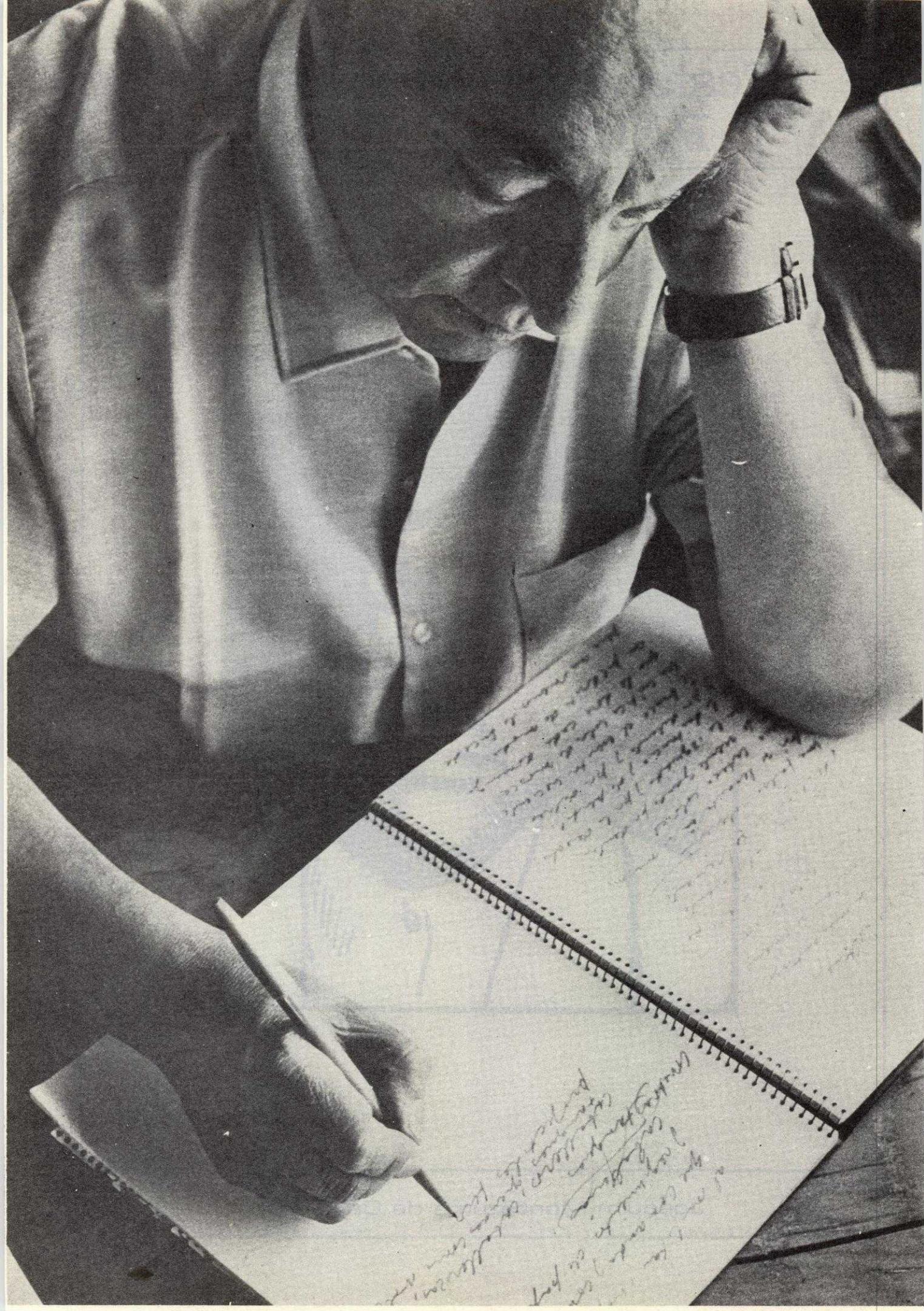


Testamento literario de PABLO NERUDA



Joaquim Montezuma de Carvalho



24 de Septiembre de 1973. Supe hace unos momentos, en una mesa del Café Scala, la tristísima noticia de la muerte del poeta chileno Pablo Neruda. No conozco los pormenores al respecto. Su muerte lo llena todo y deja una sensación de terrible desamparo. Murió el poeta nacional de Chile, el poeta continental de toda la América Latina, como en una vez anterior sólo lo fue Rubén Darío, el poeta universal, traducido a una infinidad de idiomas. A pesar de lo vacío de la información, completo a mi modo las circunstancias: habrá muerto en su casa de Isla Negra, a pocos kilómetros de Viña del Mar y de Valparaíso y a pocos metros del mar. En su casa de madera de inmensos ventanales de vidrio, que se levantaba en lo alto de una duna, cimentada casi en el propio mar, la mayor pasión de su vida. Murió buscando una de las ventanas, pidiendo más aire y más mar, recorriendo con la vista, por última vez, los preciosos ejemplares de su colección de conchas. Y, a poco, se fue sintiendo sumergir, entrando en un reino de algas y obscuridades acuáticas, perdiéndose en el fondo marino. A su lado, desfallecida de caridad ya inútil, Matilde Urrutia, la esposa, que le inspiró los versos "del Capitán".

"¿recuerdas cuando
en invierno
llegamos a la isla?
El mar hacia nosotros levantaba
una copa de frío".

Otra vez el mar ante los enamorados, ahora para alzar la taza de la despedida, todavía más fría e invernal. Sólo de esta forma me imagino la muerte de Neruda, en un querer cósmico de hundirse en las materias "elementales", y precisamente en el mar, intenso medio de comunicación entre los hombres, los pueblos y los continentes. Y no me admira que alguna vez pidiera que sus cenizas se esparcieran en el mar.

No vale le pena buscar, entre los papeles dejados en los cajones y las pequeñas arcas, el testamento literario de Neruda. El poeta se lo sacó del bolsillo, el día que, en Suecia, leyó su discurso de aceptación del Premio Nobel. No esperó a que sus ojos se cerraran. Leyó ese discurso como si fuera su mensaje final. Había llegado a la cúspide de su carrera. Tenía algo qué decir. Se lo dijo a los vivos y para que su lectura fuera también algo vivo. El mal le roía ya el cuerpo. El alma estaba sana; era fruto de una larga experiencia. No había tenido tiempo qué perder.

Sobre todo los poetas del mundo entero, particularmente los jóvenes, esperarían de Neruda fórmulas, dogmas y principios rígidos. Hace mucho que esperaban la hora de la revelación excepcional, la que les brindara el método para hacer poesía. A los poetas y aprendices de poetas, Neruda dijo, fríamente:

"Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema, y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría".





Era la mano de Neruda la que testaba. Previno a los poetas jóvenes, tan deseosos de aprisionar su libertad, contra los cánones rígidos, las reglas exclusivistas y las fórmulas congeladas. El arte es, por esencia, libre. Sólo en esa libertad innata es auténtico. La autenticidad del arte es su libertad. Desde luego, la libertad para el genuino compromiso.

Sin embargo, no debe llegarse a la conclusión de que todo es improvisado y no obedece a la larga tradición de lo ya realizado por otros poetas del mundo. A pesar de que el poeta debe ser libre, tiene una obligación: la de conocer el pretérito y el presente válido. Información total, aunque sin dogmatismos. Junto al Neruda de Estocolmo, por eso, debemos recordar al de su texto "Latorre, Prado y mi Propia Sombra" (Obras Completas, T. 20. Losada, 1968, página 1103), donde dice:

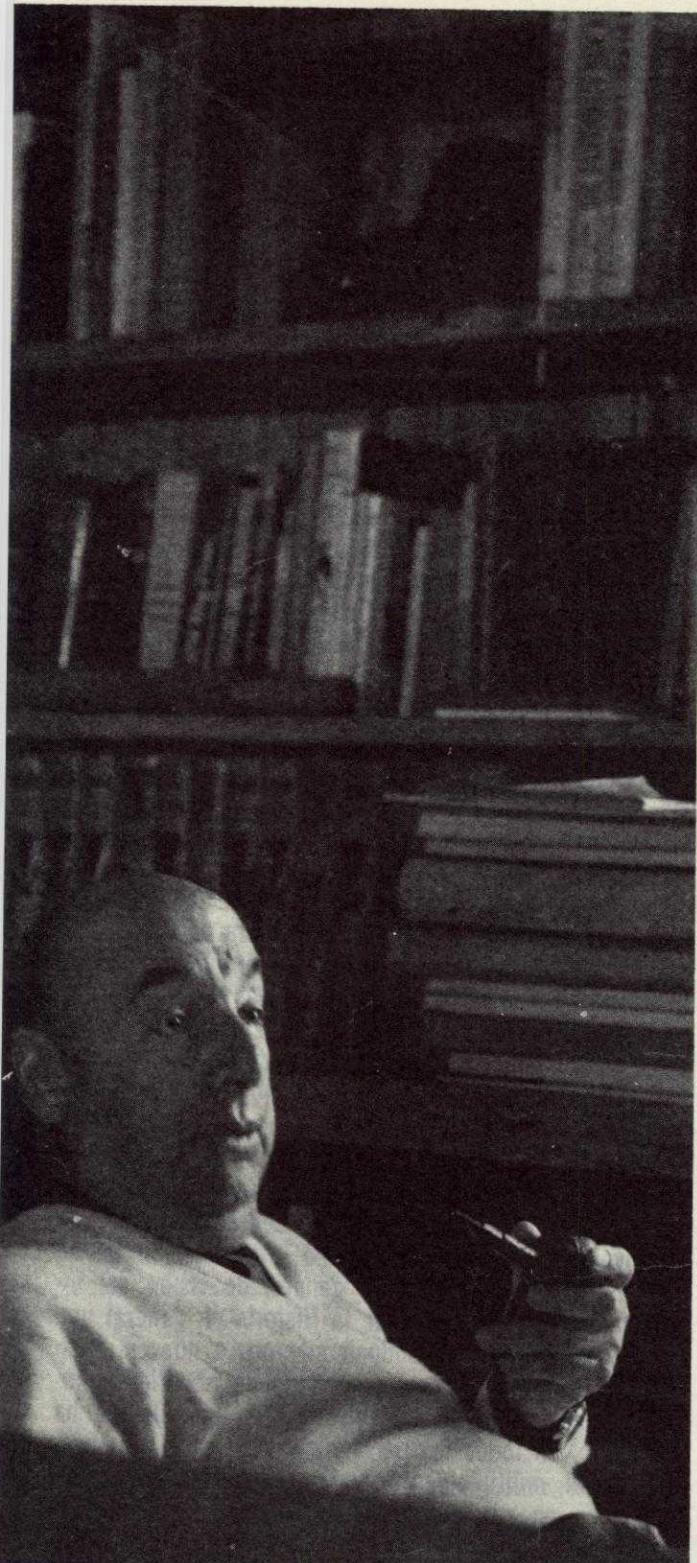
"El mundo de las artes es un gran taller en el que todos trabajan y se ayudan, aunque no lo sepan ni lo crean. Y, en primer lugar, estamos ayudados por el trabajo de los que precedieron, y ya se sabe que no hay Rubén Darío sin Góngora, ni Apollinaire ni Rimbaud ni Baudelaire sin Lamartine, ni Pablo Neruda sin todos ellos juntos. Y es por orgullo, y no por modestia, que proclamo a todos los poetas mis maestros; pues, qué sería de mí sin mis largas lecturas de cuanto se escribió en mi patria y en todos los universos de la poesía".

En suma, poeta joven, no te doy ninguna receta, sólo esta sabiduría: lee, lee siempre y proceda de donde proceda la lectura. Lo mismo prescribía Ezra Pound.

En ese día de Estocolmo, Neruda analizó toda su trayectoria. Sabía que dos criterios lo habían querido dividir, presentándolo como dos Nerudas diferentes: el poeta de crepúsculos e intimidades nostálgicas, y ese otro poeta de multitudes y voces objetivas. Alzó su lúcida lanza y deshizo el "entuerto" de esas dos visiones, paralizantes y discrecionarias: ni una cosa ni otra, nada de renuncias, sino la pura convivencia de dos mundos dispares, en el mismo pecho y en la misma inspiración. Así, en ese día, proclamó la visión íntegra de sí mismo (lo que, en cierto modo, es una receta que debe tener en cuenta quien se sienta contradictorio y luche contra Heráclito):

"Y pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne, en la que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo —la intimidad del hombre— y la secreta revelación de la Naturaleza".

Es falso poner patrones en estas dos regiones del alma nerudiana. La contradicción vivida día a día, no fue exclusión, sino integración fue convivencia y no abstención. Sí; apetito íntegro de sol y sombra, de individuo y colectividad. Sí; hay veces en las que Neruda es más sol que sombra; pero los ciclos se cumplen y la luna reaparece. Es por eso que Neruda dijo, en Estocolmo:



"De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender de los demás hombres: no hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de lo que somos".

O sea, ya con tristeza o con alegría, el poeta da siempre de sí mismo, comunica siempre lo que es, y lo hace para los otros.

Casi al final de su discurso, precisó mejor esa idea:

"Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indican la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mis poesías".

Dos llamamientos que penetraban con igual fuerza en su mundo. A ambos les dio Neruda su propia expresión, que era siempre para su prójimo (porque hay también el "otro", igualmente amante de la rosa y del amor y de la nostalgia infinita; porque existe también el "otro", que reclama solidaridad para con su condición humana).

Podemos conceptuar estos "deberes de poeta" como síntoma claro del alma franciscana de Pablo Neruda: sólo al descubrir la penuria y la miseria de la condición humana, frágil y mortal, nos apiadamos de nosotros mismos y compadecemos a nuestros prójimos. El amor a la humanidad es caridad. Descubrimos que somos pobres; por eso amamos a los pobres de todo el mundo.

Si un día San Francisco de Asís llegó a Roma descalzo y andrajoso, cubierto de harapos, y le dijo al Papa que era hermano de la rosa y los pájaros, así como de todos los pobres, así también Neruda llegó descalzo a la Academia Sueca, y dentro de este marco ostentoso de damascos y poltronas, dijo al final de su discurso:

"Fui el más abandonado de los poetas, y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía y también con mi bandera".

Es un San Francisco de la Poesía el que acaba de morir. Sólo descalzos y amantes es como los poetas serán poetas por sus caminos. Encontrarán a otros hombres y a la naturaleza. Sólo con alma de entrega serán solidarios. Este es el mensaje de Neruda, poeta de muchos itinerarios; pero siempre dadivoso, siempre generoso. Este es su testamento. La rosa y el amor a los hombres.



La insuficiencia del MATERIALISMO ECONOMICO

Rudolf Rocker

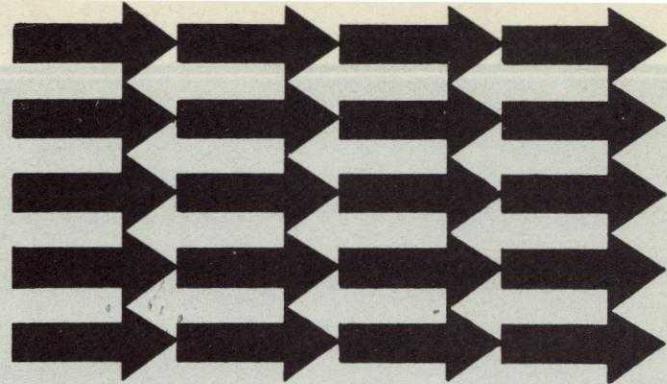
Tampoco la conquista de América por los españoles, que desplazó a la Península Ibérica y llevó millones de hombres al Nuevo Mundo, se puede explicar exclusivamente por la "sed de oro", por viva que haya sido en algunos la codicia. Si se lee la historia de la famosa conquista, se reconoce con Prescott que tiene más semejanza con una de las incontables novelas de la **caballería andante**, tan estimadas y queridas precisamente en España, que con un fiel relato de acontecimientos reales.

No fueron los motivos económicos solamente los que sedujeron, en pos del fabuloso El Dorado, a núcleos siempre nuevos de individuos atrevidos. El hecho de que grandes imperios como México y el Estado incaico, que tenían millones de habitantes, y además poseían una cultura bastante desarrollada, pudieran ser dominados por un puñado de osados aventureros, que no retrocedían ante ningún medio ni ante ningún peligro y no estimaban en mucho tampoco la propia vida, se explica únicamente cuando se examina más de cerca el **material humano característico que ha madurado poco a poco en una guerra de siete siglos y ha sido endurecido en constantes peligros**. Sólo una época en que la representación de la paz tenía que parecer a los hombres como una fantasía de un período lejano desaparecido, y en la que la lucha llevada a cabo durante siglos con toda crueldad era la condición normal de vida, pudo desarrollar aquel salvaje fanatismo que singulariza tanto a los españoles de entonces. Pero eso explica también el raro impulso que tenía sin cesar a la acción y que, en todo instante, estaba dispuesto a poner en juego la vida por un exagerado concepto del honor, al que faltaba a menudo toda base seria. **No es una casualidad que la figura de Don Quijote haya nacido precisamente en España.** Tal vez va demasiado lejos la interpretación que cree poder suplantar toda sociología por los descubrimientos de la psicología; pero es indudable que la **condición espiritual de los hombres tiene una fuerte influencia en la formación de su ambiente social**.

Se podrían citar aún centenares de otros ejemplos, de los que se desprende claramente que la economía no es, en manera alguna, el centro de gravedad de todo el desarrollo social, aunque no se ponga en duda que desempeña un papel que no hay que desestimar en los procesos formativos de la Historia, pero que tampoco hay que exagerar. Existen épocas en que la significación de las condiciones económicas en la marcha del desarrollo social, se manifiesta de un modo sorprendentemente claro; pero hay también otras en que las aspiraciones religiosas y políticas de dominio intervienen más notoriamente, en la marcha de las cosas, que la economía, y obstruyen por largo tiempo su desarrollo o la impulsan por otros derroteros. Acontecimientos históricos como la Reforma, la guerra de los Treinta Años, las grandes revoluciones de Europa y muchos otros, no pueden ser explicados sin más ni más de una manera puramente económica, aunque es preciso confesar que en todos esos acontecimientos han jugado un papel los procesos de naturaleza económica, y han contribuido a su manifestación.

Pero todavía es más grave cuando en los diversos estratos sociales de una época determinada se pretende reconocer simplemente a los representantes típicos de un nivel económico definido. Una interpretación tal no sólo empequeñece el campo general de visión del investigador, sino que hace de la Historia en general una caricatura que ha de conducir siempre a nuevos sofismas. El hombre no es sólo vehículo de manifiestos intereses económicos. **La burguesía**, por ejemplo, se ha declarado, en todos los países donde adquirió significación social, múltiplemente, por **aspiraciones que no beneficiaban en modo alguno sus intereses económicos**, y que estaban, no raras veces, en evidente contraste con ellos. Su lucha contra la Iglesia, sus esfuerzos en pro del establecimiento de una paz duradera entre los pueblos, sus concepciones liberales y democráticas sobre la esencia del gobierno, que puso a sus representantes en el más agudo conflicto con las tradiciones de la gracia de Dios, y muchos otros fenómenos, por los cuales se entusiasmó, son prueba de ello.





Y que no se replique que la burguesía, bajo la influencia creciente de su nivel económico, ha olvidado o traicionado fríamente, muy pronto, los ideales de su juventud. Compárese el período de *Sturn und Drang* del movimiento socialista en Europa, con la prosaica política realista de los actuales partidos obreros, y se convencerá uno, en seguida, de que los supuestos representantes del proletariado no tienen absolutamente derecho a reprochar a la burguesía sus mutaciones internas. Ninguno de esos partidos ha hecho el menor ensayo, en la peor de las crisis que ha experimentado jamás el mundo capitalista, de intervenir en las actuales condiciones económicas con el espíritu del socialismo. Nunca habían estado las condiciones económicas tan maduras para una transformación de la sociedad capitalista. La economía capitalista entera ha caído en el mayor desbarajuste. La crisis, antes sólo un fenómeno periódico en el mundo capitalista, es desde hace años la condición normal de la vida económica: crisis de la industria, crisis de la agricultura, crisis del comercio, crisis de la moneda. Todo se ha reunido para poner de relieve la insuficiencia del sistema capitalista. Más de treinta millones de hombres están condenados a una existencia miserable de mendigos, en un mundo que se hunde a causa de la superabundancia. Pero falta el espíritu, la inspiración socialista en favor de una transformación radical de la vida social, que no se contente con el minúsculo zurcido para prolongar la crisis, sin curar sus fuentes. Hasta aquí no se había visto nunca, tan claramente, que las condiciones económicas por sí solas no pueden modificar la estructura social, si no existen en los hombres las condiciones psicológicas y espirituales que den alas a su anhelo y agrupen sus fuerzas dispersas para la obra común.

Pero los partidos socialistas y las organizaciones sindicales inspiradas por ellos, no sólo han fracasado cuando se trató de la transformación económica de la sociedad, sino que se han demostrado incapaces de conservar la herencia política de la democracia burguesa, pues han abandonado en todas partes, sin lucha, derechos y libertades que hace mucho tiempo conquistaron, y de ese modo han fomentado, aun contra su voluntad, el avance del fascismo en Europa.



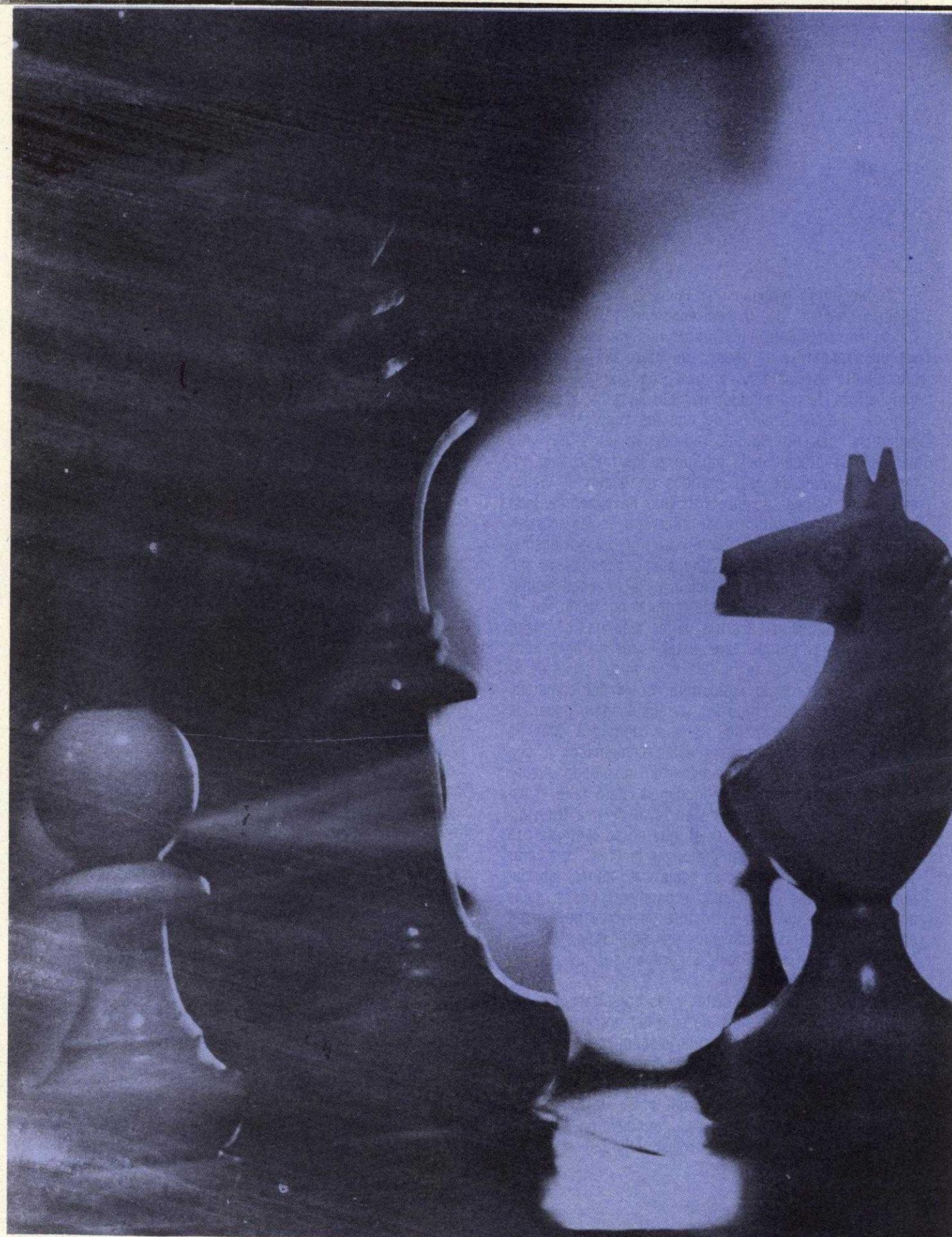
En Italia, uno de los representantes distinguidos del partido socialista se ha convertido en ejecutor del golpe de Estado fascista, y una gran serie de los más conocidos jefes obreros, con D'Aragona al frente, se pasó con banderas desplegadas al campo mussoliniano.

En España el partido socialista fue el único que hizo la paz con la dictadura de Primo de Rivera, como luego, en la era gloriosa de la República, con las manos enrojecidas por la sangre de centenares de obreros asesinados, se evidenció el mejor guardián de los privilegios capitalistas, y ofreció sus servicios, voluntariamente, para toda restricción de los derechos políticos.

En Inglaterra se pudo ver el singular espectáculo de que los más conocidos y más capaces de los jefes del partido laborista se arrojaran, de repente, al campo nacionalista y con su actitud infligieran al partido al que habían pertenecido durante decenios, una aniquiladora derrota. En esa ocasión Philip Snowden acusó a sus antiguos compañeros de tener "mucho más presentes los intereses de su clase, que las conveniencias de la nación", un reproche que, por desgracia, no correspondía a la verdad, pero que caracterizaba al flamante lord.

En Alemania la socialdemocracia, junto con los sindicatos, socorrió con todas sus fuerzas, a la gran industria capitalista, en sus ensayos de racionalización de la economía, racionalización que tuvo consecuencias catastróficas para el proletariado alemán, y ha dado a una burguesía moralmente aplastada, la ocasión de reponerse de las conmociones que le había acarreado la guerra perdida. Hasta un supuesto partido revolucionario, el partido comunista de Alemania, hizo propias las consignas nacionalistas de la reacción, para quitar el viento a las velas del fascismo amenazante, mediante esa despreciable negación de todos los principios socialistas.

Se podrían agregar, a estos ejemplos, muchísimos más, para mostrar que los representantes de la inmensa mayoría del proletariado socialista organizado, apenas tienen derecho a acusar a la burguesía por su inconstancia política o por la traición a sus antiguos ideales. Los representantes del liberalismo y de la democracia burguesa mostraron, aun en sus últimas conversiones, el deseo de conservar la apariencia; mientras que los presuntos defensores de las exigencias proletarias abandonaron, no raramente, con la más desvergonzada naturalidad, sus antiguos ideales, para acudir en auxilio del enemigo.



Santiago Garcés López

Toda una serie de políticos dirigentes de la economía, al margen de todas las consideraciones socialistas, han expresado la convicción de que el sistema capitalista ha llegado a su fin y de que en lugar de una desenfrenada economía de la ganancia, debe funcionar una economía de las necesidades, conforme a nuevos principios. Sin embargo, se muestra cada vez más claramente que el socialismo, como movimiento, no está en modo alguno a la altura de las circunstancias. La mayoría de sus representantes no han pasado de las superficiales reformas, y desgastan sus fuerzas en luchas de facción tan estériles como peligrosas, luchas que, por su abierta intolerancia, recuerdan el comportamiento de los cuadros espiritualmente petrificados de las Iglesias. No es ningún milagro que, finalmente, centenares de millares desesperen del socialismo y se dejen embaukar por los cazadores de ratas del Tercer Imperio.

Se podría objetar aquí que la necesidad de la vida misma, aun sin la ayuda de los socialistas, trabajó en el sentido de un cambio de las condiciones económicas, pues una crisis sin salida, a la larga, no es soportable. No lo negamos; pero tememos que, dada la actitud actual del movimiento obrero socialista, pueda llegarse a una transformación de la economía en que los productores no tengan absolutamente nada qué opinar. Se les pondrá ante hechos consumados, que otros crearán por ellos, de modo que, también en lo sucesivo, habrán de conformarse con el papel de esclavos que se les ha concedido siempre. **Si no engañan todos los signos, avanzamos con pasos de gigante a una época de capitalismo de Estado que, para el proletariado, tendrá la forma de un nuevo sistema de dependencia en que el hombre será valorado solamente como materia, como instrumento de producción, y en el que su libertad personal será extirpada por completo.**

Las condiciones económicas pueden agudizarse en ciertas circunstancias, en tal forma, que una modificación de la situación presente de la sociedad se convierta en una necesidad vital. Se pregunta uno qué dirección tomará ese cambio. ¿Será un camino hacia la libertad, o sólo una forma mejorada de la esclavitud, que asegurará a los hombres, es verdad, una misera existencia, pero que, en cambio, les privará de toda independencia de acción? Pero eso y sólo eso importa. La estructuración social del **Imperio incaico** aseguraba lo necesario a cada uno de sus súbditos; pero el país estaba sometido a un despotismo ilimitado, que castigaba cruelmente toda resistencia a sus mandatos y reducía al individuo a la categoría de instrumento inerte del poder estatal.

También el capitalismo de Estado podría ser una salida de la crisis actual; sin embargo, no sería ciertamente un camino para la liberación social. Al contrario, hundiría a los hombres en un pantano de servidumbre que significaría la irrisión de toda dignidad humana. En toda prisión, en todo cuartel, existe una cierta igualdad de condiciones sociales; todos tienen la misma vivienda, el mismo rancho, la misma indumentaria; todos prestan el mismo servicio o ejecutan la misma cantidad de trabajo; pero, ¿quién querría afirmar que tal estado de cosas es un objetivo digno de lucha?

Hay una diferencia entre si los hombres de una sociedad son igualmente dueños de sus destinos, si atienden ellos mismos a sus asuntos y poseen el derecho inalienable a participar en la administración del bienestar común, o si sólo son órganos ejecutivos de una voluntad extraña, sobre la que no tienen influencia alguna. Todo soldado tiene derecho a la misma ración, pero no le compete emitir un juicio personal; debe someterse ciegamente a las órdenes de sus superiores, y reprimir, donde es necesario, la voz de la propia conciencia, pues no es más que una parte de la máquina que otros ponen en movimiento.

Ninguna tiranía es más insopportable que la de una burocracia omnipotente que interviene en todas las acciones de los hombres e imprime a éstos su sello. Cuanto más ilimitado se extiende el poder del Estado en la vida del individuo, tanto más paraliza en éste sus capacidades creadoras y debilita la energía de su voluntad personal. Pero el capitalismo de Estado, el más peligroso polo opuesto del socialismo, exige la entrega de todas las actividades sociales de la vida, al Estado; es el triunfo de la máquina sobre el espíritu, la racionalización del pensamiento, de la acción y del sentimiento y, en consecuencia, el fin de toda verdadera cultura espiritual. El hecho de que no se haya comprendido hasta aquí todo el alcance de esa amenazadora evolución, o el hecho de que se hagan las gentes a la idea de que está forzosamente determinada por el estado de las condiciones económicas, es algo que puede calificarse, con razón, como el signo más funesto de la época.

La peligrosa manía de querer ver en todo fenómeno social un resultado inevitable del modo capitalista de producción, ha conducido, hasta aquí, sólo a infundir en los hombres la convicción de que el desarrollo social nace de determinadas necesidades y es económicamente invariable. Esta concepción, fatalista, sólo podría conducir a paralizar su fuerza de resistencia y a hacer a los hombres más receptivos para **adaptarse a condiciones dadas, por horrorosas e inhumanas que sean.**

Todo el mundo sabe que las condiciones económicas tienen influencia en la transformación de las relaciones sociales; pero **son mucho más importantes el modo como reaccionan los seres humanos, en su pensamiento y en su acción**, sobre esa influencia, y los pasos a que se deciden para encauzar una transformación de la vida social considerada necesaria. Precisamente el pensamiento y la acción de los hombres no reciben su tonalidad de los motivos puramente económicos. ¿Quién podría, por ejemplo, sostener que el puritanismo, que ha influido hasta hoy en todo el desarrollo espiritual de los pueblos anglosajones, fue un resultado forzoso del orden económico capitalista concebido en sus orígenes? O, ¿quién podría aportar la prueba de que la pasada guerra mundial hubo de surgir en todas las circunstancias del sistema económico capitalista, y que, en consecuencia, era ineludible?

Sin duda, los intereses económicos han tenido un papel importante en esa como en todas las guerras; pero ellos solos, no habrían sido capaces nunca de desencadenar la nefasta catástrofe. Por la mera exposición de

aspiraciones económicas concretas, apenas se habrían podido movilizar las grandes masas. Por eso hubo que demostrarles que aquello por lo cual debían matar a otros y por lo cual habían de dejarse matar por otros, era la causa "buena y justa". Así se combatió, por una parte, "contra el despotismo ruso", por la "liberación de Polonia", y, naturalmente, por el "imperativo patriótico", que los "aliados se habían conjurado para aniquilar". Y, por la otra parte, se luchó por el "triunfo de la democracia" y por la "superación del militarismo prusiano", para que "esa guerra fuese la última".

Se podía objetar que detrás de todas estas pompas de jabón, con las que se entretuvo la atención de los pueblos durante cuatro años, estaban, sin embargo, los intereses económicos de las clases propietarias. Pero eso no importa en absoluto. Lo decisivo es la circunstancia de que, sin la apelación continua a los sentimientos éticos del hombre, a su sentido de justicia, no habría sido posible en manera alguna una guerra. La consigna: "Dios castigue a Inglaterra", y esta otra: "Mueran los hunos", han hecho, en la guerra pasada, más milagros que las simples exigencias económicas de los propietarios. Demuestra cuánto decimos el hecho de que haya de suscitarse, en los hombres, un determinado estado de ánimo antes de llevarlos a la guerra, y además, el hecho de que ese estado de ánimo sólo pueda ser producido por la intervención de **factores psicológicos y morales**.

¿No hemos visto que, justamente aquellos que habían anunciado a las masas laboriosas, año tras año y día tras día, que toda guerra en la era del capitalismo nace de causas puramente económicas, al estallar la guerra mundial echaron por la borda su teoría históricoc-filosófica y pusieron las conveniencias de la nación por encima de las de la clase? Nos referimos a los que, hasta entonces, esgrimían con pasión marxista la frase del Manifiesto comunista: "La historia de toda sociedad hasta aquí es la historia de las luchas de clase".

Lenin y otros han atribuido el fracaso de la mayoría de los partidos socialistas, al estallar la guerra, al miedo de los jefes ante su responsabilidad, y anatematizaron en éstos, con palabras amargas, su falta de valor moral. Admitiendo que esa afirmación tenga por base una buena parte de verdad, aunque también en este caso hay que cuidarse de las generalizaciones, ¿qué prueba?

Si el miedo a la responsabilidad, la falta de valor moral, han inclinado a la mayoría de los jefes socialistas, en realidad, a declararse en favor de las exigencias nacionales de sus respectivas patrias, eso no es más que una nueva demostración de la exactitud de nuestro punto de vista. El valor y la cobardía no son determinados por las formas eventuales de la producción, sino que arraigan en los estratos psíquicos del hombre. Pero si las cualidades puramente psíquicas pudieron tener una influencia tan decisiva sobre los jefes de un movimiento que cuenta millones de adherentes, como para que, antes de cantar tres veces el gallo, hayan abandonado sin condiciones sus viejos principios para marchar contra el llamado enemigo hereditario, con los peores adversarios del movimiento socialista, eso sólo demuestra que las acciones de los hombres no se pueden explicar por las condiciones de la producción, y están, no raras

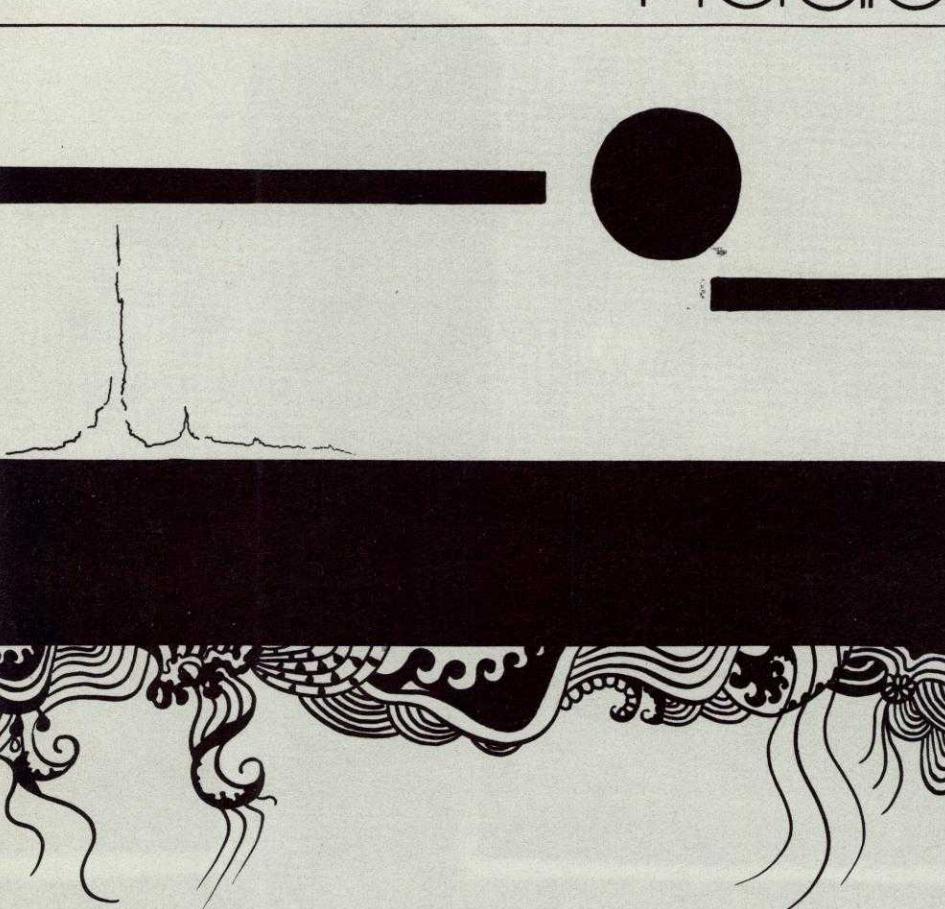
veces, en la más aguda contradicción con ellas. Cada época en la Historia presenta mil testimonios en favor de los que decimos.

Pero es también un error manifiesto el interpretar la pasada guerra mundial simplemente como resultado forzoso de los intereses económicos contradictorios. El capitalismo sería también perfectamente concebible si los llamados "capitanes de la industria mundial" se pusiéran de acuerdo, en buen modo, sobre la utilización de los mercados y de las fuentes de las materias primas, lo mismo que los representantes de los diversos intereses económicos dentro de un mismo país procuran unirse, sin ventilar sus divergencias siempre con la espada. Existe hoy ya toda una serie de organismos internacionales de producción, en los que se han agrupado los capitalistas de ciertas industrias a fin de introducir en cada país una determinada cuota para la fabricación de sus productos, y regular de esa manera la producción total de sus ramas de industria, de acuerdo con convenios y principios establecidos. La comunidad internacional del acero en Europa, es un ejemplo de ello. Por esa regulación el capitalismo no pierde nada de su esencia propia; sus privilegios quedan intactos, y su dominio sobre el ejército de sus esclavos del salario es, incluso, fortificado esencialmente.

Desde un punto de vista puramente económico la guerra, pues, no era inevitable. El capitalismo habría podido subsistir sin ella también. Hasta se puede aceptar con seguridad que, si los representantes del orden capitalista hubiesen previsto las consecuencias de la guerra, ésta no habría tenido nunca lugar.

Pero en las últimas guerras no sólo han jugado un importante papel las consideraciones puramente económicas, sino también las **políticas de dominio**, que son las que más han contribuido, en última instancia, al desencadenamiento de la catástrofe. Después de la decadencia de España y Portugal, el predominio en Europa correspondió a Holanda, Francia e Inglaterra, que luego se encontraron frente a frente como rivales. Holanda perdió pronto su posición directiva y, después de la paz de Breda, su influencia en la marcha de la política europea fue cada vez menor. Pero también Francia había perdido, después de su guerra de los Siete Años, una gran parte de su anterior posición de predominio, y no pudo volver a levantarse, tanto menos cuanto que sus dificultades financieras se agudizaron cada vez más y llevaron a aquella opresión, sin ejemplo, del pueblo, de la que surgió la Revolución. Napoleón hizo después enormes esfuerzos para reconquistar la posición de Francia perdida en Europa, pero sus gigantescos ensayos resultaron ineficaces. Inglaterra siguió siendo el adversario más irreconciliable de Napoleón, y éste reconoció muy pronto que sus planes de dominación universal no podrían realizarse nunca, mientras la "nación de mercaderes", como había llamado despectivamente a los ingleses, no fuera dominada. Napoleón perdió el juego después de que Inglaterra puso en movimiento a toda Europa contra él, y desde entonces Gran Bretaña pudo sostener su posición de predominio en Europa y en el mundo.

nadie

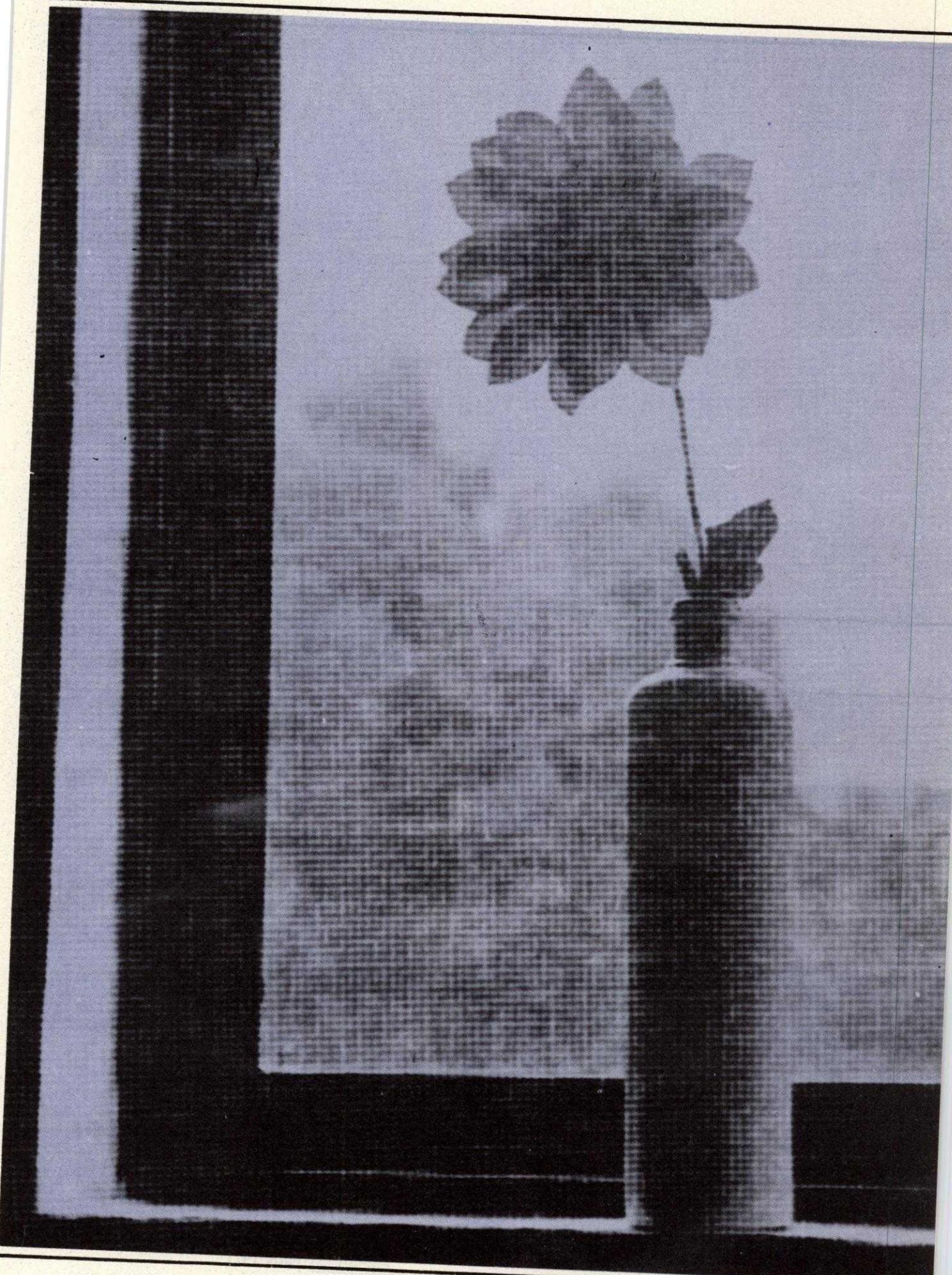


La soledad y el silencio
llegan a entenderse un día.
Encarcelan al lenguaje
en la más oscura cripta.
De pronto nos encontramos
en una extensión vacía
sin poder nombrar las cosas
solos, sin sombras amigas.
¿Qué se ha hecho el mundo verde?
¿Las lenguas de clorofila,
por qué no hablan
como solían?

Nadie llama a nuestra puerta
para hacernos compañía.
Nadie contempla en la noche
nuestra lámpara encendida.
¿La escalera de los años
es tan ardua de subirla?
No nos visita la rosa.
Se cambia en flecha la espiga.
Nos desconoce el espejo.
Toda la miel que fabrica
nuestro corazón de abeja
nadie quiere consumirla.
Se va extinguendo el lenguaje
en la más oscura cripta.
La soledad y el silencio
llegan a entenderse un día.

Jorge Carrera Andrade
París 1971

Berenice



MOVEMENT

Santiago Garcés López

CUANDO PASEN LOS AÑOS

Estoy otra vez entre cuatro paredes infranqueables, entre cuatro paredes que me asfixian, que me aplastan, que me ciegan en un negro torbellino de impotencia. Voy cayendo en un pozo de locura, mi grito de ansiedad nadie lo escucha, ahogado está, junto a la libertad que anhelo, junto al ansia de espacios infinitos. Estoy sola otra vez y para siempre. Estoy sola. Mis manos no pueden romper estas cadenas, y entre cuatro paredes infranqueables mi grito se pierde en el vacío, ¡mi grito de impotencia y de locura!

OTRA VEZ

Cuando pasen los años y recuerdes...
Cuando tus horas, hoy tan apuradas, transcurran lenta-
(mente).
Cuando te sobre el tiempo que hoy te falta.
Cuando ya solo y triste, recorras tu vida paso a paso, ha de surgir de pronto en tu memoria solamente mi nombre.
Entonces comprenderás arrepentido la verdadera esencia de mi alma, este amor que te di, como ninguno tan pleno, tan sincero, tan ardiente.
Nunca quisiste sentir el grito de mi sangre y estas ansias de ti, tan absurdas e inútiles.
Nunca sabrás hasta qué extremo, se hizo de mí, carne, tu calor de hombre.
Ni tú ni nadie sabrá nunca cómo cuesta hacer de estos días y noches imposibles, algo tan duro que llamamos vida luchando a ciegas para acallar las súplicas.
Cuando pasen los años y recuerdes...
Cuando mi nombre surja en tu memoria y quieras, poco a poco reconstruir esta imagen, sólo el vacío encontrarás en tu alma, el vacío infinito de la nada.

COMO CANTO RODADO

Como canto rodado al borde del sendero me dejé estar.
El polvo del camino me ensució con su aliento.
Cuando la lluvia en su pureza fresca mi suciedad lavaba, chacales del mundo que habitamos salpicaronme de barro y podredumbre.
Me dejé estar...
Lloré con la lluvia.
Canté con la brisa.
Silbé con el viento.
Me llené de polvo y de barro.
Al borde del sendero estoy...
Bendigo la lluvia, el sol, la brisa, el viento, el barro...
Sola, como canto rodado al borde de la vida, ¡tal vez encuentre paz!

CAMINO

Camino por el mundo en desacuerdo.
Camino por la vida también en desacuerdo.
Y camino con este cuerpo humano, con una piel que lo envuelve a su manera.
Esta piel que sólo cubre, no defiende de la envidia, del odio, de la infamia, del incendio voraz de las pasiones, del veneno reptil que engendra el hombre.
Camino en desacuerdo y sigo esto que llaman vida y que no es vida, es arrancar la tierra que se brinda en amor y belleza cada día, es cubrirla también de podredumbres, es arrastrarse, consumirse en luchas por llegar más allá, sin un respiro, y encontrarse de golpe con la muerte y sin haber vivido.
Camino por la vida en desacuerdo y a mi pesar, el mismo ritmo sigo.
Lucho sin ver la flor que pisoteo por llegar más allá, mucho más lejos, sin recordar en este caminar apresurado que la meta final será, sólo la muerte.

De Caracas, Venezuela

En tantas oportunidades he deseado expresarle mi agradecimiento por las diversas atenciones que ha tenido conmigo, y el rápido andar de los días y mi terrible e inseparable enemiga, "La Inconstancia", han ido dejando esta carta en el camino, comenzada hace ya algún tiempo. No obstante, con la llegada de cada revista Norte, que tan gentilmente me envía, se hace Ud. presente, y hoy, entre mis manos su última publicación, me he sentido feliz, he llenado el espíritu, vacío tantas veces por el materialismo y la rutina diaria difícil tantas veces de eludir.

Ayer terminé de leer su libro que recibiera hace quince días *Intento de Psicoanálisis de Juana Inés*, y me he preguntado cuán difícil ha de ser, llegar a ver con la diáfana claridad con que Ud. lo hace, la psique de tan complicada mujer, poder en sus versos traducir su alma y traerla hasta el lector, transparente cual yo la veo, desenmarañando el torbellino de pasiones que anidaba. En tantas cosas me he identificado con ella. Nos hemos entendido maravillosamente, yo diría que más bien me he entendido y he podido armar muchas de las piezas del rompecabezas que llevo revoloteando. Gracias, muchas gracias por darme a conocer a Juana Inés y con ella un poco de mí misma, aclarando un sin fin de dudas que hoy, gracias a Juana Inés y a Ud., he podido analizar.

Mercedes Leña de Suárez.

De Rio de Janeiro

Han llegado a mis manos, casi juntos, los números 251 y 252 de la revista NORTE y el ejemplar de su *INTENTO DE PSICOANÁLISIS DE JUANA INÉS*. Le agradezco muy sinceramente el envío de los números de la muy atrayente revista, pero quiero expresarle mi particular reconocimiento por la remisión de su obra sobre la grande mexicana.

Es un libro precioso por todos conceptos. Tiene el apasionante interés que siempre tienen las investigaciones psicoanalíticas que, inspirado por Bergler, viene usted realizando entre los más eminentes escritores de España y América. Aproxima a la obra misma de esa sorprendente poetisa que fue Sor Juana Inés de la Cruz. Finalmente, la elegante edición con reproducciones en color de pinturas mexicanas, es un deleite para el pensamiento y para la imaginación. Lo felicito por esa obra. Y me alegra que el envío de mi pieza teatral *Cervantes quiere ser corregidor de La Paz*, que me permití hacerle, hubiera merecido tan valiosa retribución.

Guillermo Francovich

De Buenos Aires

He recibido su obra *Intento de psicoanálisis de Juana Inés*, por manos de la señora Osvalda Rovelli de Riccio. Le agradezco vivamente este envío, tanto por lo que significa su gesto de afectuosa atención, cuanto por el intenso placer intelectual que me deparó la lectura de su estudio sobre mi gran admirada Juana Inés. Erudición, enfoque nuevo, búsqueda exhaustiva de las motivaciones de su alma torturada, benéfica y profundamente humana, cuyas confesiones coronan el universal prestigio de su milagro poético.

María de Villarino,
Presidenta de la
Sociedad Argentina de Escritores



CARTAS DE LA COMUNIDAD

*"Todo representante del poder de Estado
tiene que estimar
como incómoda ligadura de su necesidad de valoración,
las limitaciones de su poder absoluto,
y donde quiera que se le ofrezca ocasión
intentará suplantar los derechos del pueblo,
o extirparlos totalmente
si se siente bastante fuerte para ello."*

Rudolf Rocker



Patrocinadores:

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.

CIA. INDUSTRIAL MEXICO, S. A.

EL PINO, S. A.

FABRICA DE JABON LA CORONA, S. A.

FABRICA DE JABON LA LUZ, S. A.

HILADOS SELECTOS, S. A.

IMPRESOS REFORMA, S. A.

LA MARINA, S. A.

LAMINAS ACANALADAS INFINITA, S. A.

LIBRERIA UNIVERSITARIA INSURGENTES

MADERERIA LAS SELVAS, S. A.

M. ALONSO Y CIA. (MADERERIA CARDENAS)

REDES, S. A.

RESINAS SINTETICAS, S. A.

RESTAURANTE JENA

